

.crónica



• PERIODISTA Y ESCRITORA
 • MAESTRÍA EN LITERATURA VENEZOLANA (UCV)
 • EL LIBRO CUENTOS PARA LEER A ESCONDIDAS FUE SELECCIONADO EN LA LISTA DE HONORIBY 2001 Y CUENTOS PROHIBIDOS POR LA ABUELA FUE EL GANADOR DE LOS MEJORES DEL BANCO DEL LIBRO 2010

¿Eres hembra o varón?

Mireya Tabuas
 mtabuas@gmail.com

Esas vacaciones decidí ser varón. No era que estaba cansada de ser mujer. 11 años son pocos para ejercer con hastío la feminidad. Era que quería experimentar esa libertad que veía socavada en la hembra. Quería desprenderme de las ataduras del fashion preadolescente. Me negaba a ese destino de "mamita rica" al que se lanzaban de clavado mis amigas.

Mis dos amigas eran bellas. Más que bellas, coquetas. Me costaba adaptarme a ese ritmo de colorette, lima de uñas y brillo labial. Poco entendía la sección de moda de la revista *Tú*. Tampoco sabía afeitarme las piernas (traté, a hurtadillas de mi mamá, pero hice tal reguero de sangre en el baño que terminé castigada por una semana).

Una de mis amigas ya lucía con orgullo un par de auténticas tetas talla doble XL que la hacían ver adulta, aunque sólo tenía año y medio más que yo. La otra compensaba la escasez de protuberancias incluyendo bajo el sostén una ambiciosa masa consistente en un entramado de papel toilette y algodón. Yo, siguiendo sus pasos, una vez lo intenté y el resultado fue atroz: uno de mis senos se alzaba, abultado y seguro de sí mismo, hacia el cuello; mientras el otro se deshacía a la altura del ombligo.

Macuto—nuestra playa de los sábados—era para ellas la posibilidad de exhibirse, de ser mujeres antes de tiempo. Para mí la aspiración de crecer era aún remota. Permanecía pequeña, flaquísima, lampiña y plana. Me negaba a cualquier encuentro con el mundo adulto. En cambio, ellas no. Iban a la playa a broncearse con aceite Mennen para niños mezclado con yodo (aún nadie hablaba de hueco en la capa de ozono ni de cáncer de piel), se echaban como lagartas en sus toallas de Hello Kitty, ya no nadaban conmigo ni corrían olas, ya ninguna quería competir a ver quién aguantaba más tiempo sin respirar debajo del agua (y no lo hacían porque Por Dios cómo se me va a arruinar el secado). Luego, les decían a sus mamás que les dieran plata para un refresco, sólo por el gusto de acercarse a uno de los bares de la playa y mostrarles sus culos semidescubiertos a los borrachos que se derretían en la barra, quienes, mientras se rascaban allí abajo, les gritaban Qué buenas se están poniendo, lo que les hace falta es un macho. Y ellas salían corriendo, haciéndose las espantadas, pero deseosas de volver al rato, y seguir jugando con ese erotismo decadente. Así que nuevamente volvían a pedir dinero a sus mamás, esta vez para ir a poner en la rocola una canción de la Fórmula V, "Eva María se fue buscando el sol en la playa", para que uno de los borrachos les aullara: yo te pongo en cuatro, Eva María, se te van a salir los ojos. Risitas y nueva escapada y otra vez a la arena a gozar del aburrimiento de cocodrilas disecadas que compartían con sus madres.

No quería saber de colorette, ni de pintura labial. Mientras sus amigas daban saltos mortales para dejar atrás la adolescencia, a ella las hormonas aún no le habían tocado la puerta. El mundo de las niñas la aburría a morir. Así que esa vacación tomó una decisión: se convertiría en varón



A veces se internaban en una calle poco transitada y practicaban entre ellas dos los besos de lengua que alguna vez les darían a los varones (en especial al hijo del salvavidas, el más alto de todos y el único de todos nosotros que no vivía en Caracas y que no era hijo de inmigrantes europeos). Se regodeaban en el copioso entrenamiento, ensayaban sin prisa instruyéndose la una a la otra—más arriba, no me muerdas—asegurando que serían veteranas cuando se comieran una boca (esa boca) masculina. Yo era ajena al experimento, por simple, por infantil, por gafa.

Casi siempre iba con ellas a su rutinaria incursión en el morboseo. Flaca, plana, con el cabello ajado de la salitre. Ajena. Sin piropos ni besos.

El otro mundo. Los varones de nuestra edad eran otra cosa. Ellos estaban allí en su mundo. Estaban en lo que en realidad era mi mundo. No se detenían un instante. Sólo al pisar la arena se deshacían de pantalones, camisas, zapatos, mamás. Nosotras les importábamos un pito. Ignoraban las explosivas prominencias de la una, las falsas concavidades de la otra y mis ausencias pectorales. Corrían a buscar al hijo del salvavidas para sumarse juntos al mar, ser protozoarios, correr olas. No necesitaban co-

Los varones de nuestra edad eran otra cosa.
 Ellos estaban allí en su mundo.
 Estaban en lo que en realidad era mi mundo.
 No se detenían un instante.
 Sólo al pisar la arena se deshacían
 de pantalones, camisas, zapatos, mamás

mer, ni tomar refrescos, ni escuchar música en la rocola (ni afeitarse las piernas, ni secarse el pelo, ni mover el culo). Eran adictos al agua salada, miembros de un cardumen. Y en la orilla construían fortines que rodeaban con enormes murallas de piedra para protegerlos de la furia de las olas, que siempre, siempre, siempre, eran las grandes vencedoras y se tragaban la efímera obra arquitectónica. Más tarde, en el malecón hurgaban entre los riscos buscando tesoros escondidos (una lata oxidada de Coca Cola, un monedero roto, una pantaleta abandonada) y luchaban contra fantasmas de piratas de otros tiempos que permanecían allí. Yo a veces los seguía cuando se escapaban, lejos de la arena y de las madres (concentradas en el bronceado y el chismo-reo) y se iban a tumbar uvas

de playa o a espantar palomas de la plaza o a investigar en los baños del balneario o a mear en el paseo de Macuto a ver quien lanzaba el orine más lejos (y de paso a ver quien tenía el bicho más grande). Siempre llegaban muy tarde, sedientos, sonrientes. Eran felices en Macuto esos desgraciados.

Por eso, en esas vacaciones de 1976 a mis 11 años de edad y sin señal alguna de pubertad, decidí convertirme en varón.

Lo primero fue el pelo. Mamá no se opuso: siempre le gustó corto porque ella lo llevaba así. Además mi cabello largo, enredado y quemado por el sol, mejoraría con una buena podada. Corto, le dije a la peluquera, más, más corto. Te verás masculina, me dijo. Y sonreí.

Después revisé el pequeño escaparate que compartía con los vestidos de flores de mamá:

encontré sólo dos bluyines, un short, un par de zapatos de goma y tres franelas útiles para mi nueva identidad. Recordé aquella gorra de aceite Branca que estábamos a punto de botar. Me vestí, me monté la gorra, me miré en el espejo. Probé poses. Los varones suelen chasquear los dientes, pensé y lo hice. Suelen levantar los hombros y caminar como si tuvieran una joroba, y lo hice. Suelen escupir. Y no lo hice.

Al verme, mi mamá reclamó que cómo me vestía con esa ropa fea, tan linda que me veía en falda con mis prometedoras piernas de hija de española.

—Pareces un varón.

Los siguientes días de mis vacaciones los masculinice con mi gorra de Branca. Domingo: Parque Los Chorros. Lunes: Plaza Altamira. Martes: Parque El Conde. Miércoles: Teleférico. Jueves: Parque de columpios de Chacao. Viernes: Parque del Este. Y mi mamá que si no te montes en ese árbol; que si no patines por el medio de la pista de hielo que te vas a caer; que si no te vuelvas a subir en esa montaña rusa que es muy alta.

La revelación. Y llegó el sábado y Macuto. En la playa todos (más bien, todas) me observaron. Las mamás susurraron entre ellas. Mis amigas se quedaron con la boca abierta. La del

frente frondoso optó por dejar de hablarme, mientras que la escasa de montículos me dijo (con su fingida sonrisa de niña que no rompe un plato) que me veía muy bien, que yo era una marimacha perfecta.

Los varones me vieron sin mucho interés. Fueron a buscar al hijo del salvavidas y siguieron en la vida que era lo suyo. Mientras, mis dos amigas se liberaban lentamente de sus vestiditos bailoteando como si estuvieran haciendo un estriptis (inútil). Miraban a la orilla a ver si distraían la atención de los varones con su esfuerzo (en especial del más alto de todos, el príncipe azul de Macuto). Sin embargo, ellos, indiferentes, seguían gozando. No les quedó más remedio que echarse en la arena, derrotadas.

Yo permanecía aún vestida. Entonces se me ocurrió: los varones no usan parte de arriba del traje de baño, por lo tanto yo no la usaría. Me quité los zapatos, el pantalón, la camisa y—también, rapidito—el sostén del bikini. Salí corriendo al mar, mientras me perseguían los gritos de mi mamá Mireyiiiita y el odio profundo de las dos caimanas. Me lancé al agua y nadé, nadé y nadé como tenía tiempo que no nadaba hasta alcanzar en un segundo la boya y gozar de la libertad del pecho desnudo. Entonces llegaron todos ellos, que me habían visto nadar tan rápido y decidieron incluirme en sus competencias a ver quién llegaba primero a la orilla, quién daba la mejor vuelta canela en el agua o se mantenía más tiempo sin respirar en paraba de manos. Siempre terminábamos venciendo el hijo del salvavidas o yo. O los dos.

Salimos a jugar en la orilla y me quedé ante ellos con mi tronco liberado. Con mis dos pezones—tan diminutos como los de ellos—expuestos. Ni el castillo de arena, ni las endiabladas olas que destruían murallas, ni las uvas de playa, tenían tal poder de atracción como ese par de promesas instaladas en mi pecho. Rosadas. Palpitantes. Profetas.

Me puse la franela y la gorra (cortanota, pensaron ellos; perra, dijeron ellas). Les demostré a los varones lo bien que construía un castillo, lo mejor que derrumbaba uvas, lo excelente que investigaba misterios en el malecón. Eso sí, esa tarde, en el bulevar de Macuto nadie meó ni mostró el pipiricho.

En un segundo, sólo nos quedamos el hijo del salvavidas y yo. Los otros varones nos abandonaron porque querían aprovechar los últimos minutos de agua salada. Caminamos sobre el borde del paseo, retando a la gravedad. Escalamos la roca más alta, nos sentamos y discutimos un rato quién era el mejor competidor de Los Autos Locos: si el Espantomóvil o el Súper Convertible. Declaramos que los dos preferíamos mil veces al coyote que al correcaminos. Nos callamos. Entonces, él, el objeto de amor de mis dos amigas, me preguntó:

—¿Eres hembra o varón?

—Hembra.

—Ah, qué bien.

Nos quedamos mirando el mar. Me quité la gorra de Branca y la lancé lejos, muy lejos. ☺